



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
AGOSTO DE 2014 Número 151 Donativo \$7.00 M.N.





Homenaje de Gratitud

Autobiografía

de Nuestra Fundadora,

la Reverenda Madre

María de la Navidad del P.S.m.f.

María Concepción Zúñiga López



Capítulo 24 *La Entrevista* (Continuación)

Mientras yo hablaba el Padre seguía hojeando el álbum de la Comunidad y, parando en una hoja donde estaba nuestro hábito, contemplándolo dijo:

“En verdad, es hermoso su hábito; me gustaría verla vestida con él.” Luego añadió: “Yo también soy de la misma opinión de Ud. Me gusta ver a las monjas con su hábito y a los sacerdotes con su sotana. Así que, ¿ya ve? Salimos de acuerdo y, ¡la felicito!”

Aquí el Padre, levantándose, dio por terminada la audiencia. Finalmente me entregó su tarjeta donde leí: “Sacerdote Severino Monzó,” más su teléfono y domicilio. Le di las gracias y nos disponíamos a salir, la Madre Socorro y yo, cuando el Padre me dijo: “Esté pendiente de nuevas citas”.

“Sí, Padre. Dios se lo pague”, le respondí.

Cuando salimos afuera nos dimos cuenta de que pasaba de las tres de la tarde. El Padre nos había atendido en horas extraoficiales. ¡Qué bueno había sido! Esto me dejó consolada y con un punto de esperanza, francamente, aunque a la verdad, toda mi esperanza estaba en Dios.

Capítulo 25 *A la Expectativa*

Aquella tarde toda la ocupé en pasar a mi libreta la nota de aquel largo diálogo. Más tarde salí a la residencia de los Legionarios de Cristo

donde se hospedaba el Excmo. Sr. Anaya, a quien había de entregar este mismo día la tarjeta del Padre español, Severino Monzó. Esta entrevista con Monseñor Anaya fue inolvidable por el tremendo efecto que de pronto hiciera en él la entrega de dicha cita.

“¿Qué tal, cómo le fue en su audiencia en la Sagrada Congregación?” me preguntó el Excmo. Señor.

“Debo dar gracias a Dios, Excelencia, porque parece que todo va bien, sólo que le mandan conmigo esta cita,” le dije tímidamente, extendiéndole la tarjeta del Padre Monzó.

“¿Por qué me citan a mí? pues, ¿qué les ha dicho Ud. de mí?”

“Yo nada, Excelencia, tan sólo me limité a responder monosílabos al preguntarme ellos a mí cuál había sido la causa de que Vuestra Excelencia Reverendísima nos desintegrara en la Comunidad.”

“¿Qué les ha respondido?”

“Que yo no lo sé, pero que Vuestra Excelencia podrá decirlo.”

El Señor Anaya se levantó del asiento y dio varias vueltas por la amplia sala sin hablar palabra. Luego me dijo:

“Yo, ¿qué puedo responder a esto?”

“Excelencia,” le dije, “por caridad y por justicia, diga lo que Dios le inspire. Si se trata de echar la culpa a alguien, échemela a mí, pero que la Obra de Dios no salga perdiendo.”

Con su semblante completamente amable, dijo entonces el Excmo. Señor:

“Mañana, Dios mediante, a las nueve y media de la mañana, procuraré estar en la Sagrada Congregación a arreglar esto. Ud. se pone en oración y, ya verá, todo se arreglará.”

Los siguientes fueron días de intensa expectación. Varios mitrados habían visitado la casa de las monjitas que me hospedaban, entre ellos los Eminentísimos Señores Cardenales Garibi Rivera de mi tierra de Jalisco y el Sr. Miranda, Primado de México. Me pareció oportuno hablarles un poquito aparte y les pedí que si la Sagrada Congregación respondía afirmativamente a mi petición, si ellos podrían recibir la Obra en sus diócesis. Me preguntaban dónde había comenzado la Obra y todos opinaron que yo debería pensar en volver a la misma diócesis. Yo me afligí bastante, pues pensar siquiera en volver a Zamora era, lógicamente, algo desagradable.

Hubo un día en que el Excmo. Sr. Anaya fue a verme y me dijo: “Vengo a decirle que si gusta, ya puede regresarse a México, pues creo que la Sagrada Congregación de Religiosos ya no la citará a Ud. y será a mí a quien envíe la respuesta por escrito, y yo se la pasaré a usted inmediatamente.”

“Excelencia,” le dije, “yo pienso que debo aprovechar que estoy en Roma donde están actualmente todo los prelados de nuestro país, para solicitar de ellos la gracia, en el caso de que la respuesta sea afirmativa.”

Entonces el Excmo. Sr. Anaya me dijo, como tajantemente: “Luego, ¿Ud. no piensa volver a Zamora?”

Con la franqueza propia de una jalisciense le dije a mi vez: “¡Dios nos favorezca; sólo lo aceptaría como una penitencia de mis pecados!”

Por esos mismos días conocí al Obispo de Puno, Perú, el cual me invitó a que nos fuésemos a su diócesis y me hizo bellos ofrecimientos. Él me presentó con el Arzobispo de Arequipa, Fray Leonardo Rodríguez Ballón, Fraile Menor. Ambos me hicieron el ofrecimiento de llevarnos a Perú, costeadando ellos todos los gastos, ofreciéndonos casa y todo lo necesario para vivir, con tal de prestar en aquel país el contingente de formación familiar de nuestro apostolado. Sin embargo, me dijo el Excmo. Sr. Rodríguez : “Usted no debe regresarse a su país sin antes tener una respuesta categórica del Dicasterio al que vino a consultar. Una vez que la Sagrada Congregación le dé su anuencia, usted debe elegir la diócesis que más le convenga a su Obra, y esta elección no debe ser presionada por nadie y sólo debe tener en cuenta, para decidir, la mayor gloria de Dios y el bien del Instituto que procura. Este viaje de usted es un milagro de la Providencia. Espere, por consiguiente, el desenvolvimiento de esos prodigios divinos. Si aprueban su Obra y decide irse al Perú, tenga en cuenta que si en Puno no están bien, Arequipa les abrirá las puertas de muy buena voluntad.”

Capítulo 26

La Aprobación

Por la tarde del día 30 de aquel mismo mes de octubre, estando con unas de las religiosas en la casa, vino la Madre Directora y me dijo festiva:

“¡Están en la sala muchos obispos y a Ud. le manda con ellos esta carta el Excmo. Señor Anaya!” Fue tal mi azoro que me quedé como tonta con la carta en la mano sin saber qué hacer.

“¡Ábrala!”, me dijo una de las religiosas que vio mi expectación.

La carta era precisamente del Excmo. Sr. Anaya con la respuesta que la Sagrada Congregación de Religiosos le daba sobre el asunto que yo llevaba a aquel Dicasterio, recomendada por el mismo Señor Anaya:

CIUDAD DE ROMA

30 de octubre de 1963

Señorita María Concepción Zúñiga

P R E S E N T E

Muy estimada Señorita:

Por encargo, para mí muy honroso, de la Sagrada Congregación de Religiosos, dado en documento del 24 del mes en curso, me es grato comunicarle lo siguiente:

“La Señorita Concepción Zúñiga ha presentado a esta Sagrada Congregación de Religiosos una petición documentada acerca de sus propósitos para la erección de una nueva Congregación religiosa que llevaría el nombre de “Mínimas Franciscanas del Perpetuo Socorro.”

Después de examinar cuidadosamente todos los documentos que obran en nuestro poder, esta Sagrada Congregación de Religiosos ruega encarecidamente a Vuestra Excelencia Reverendísima comunicar a la Señorita Zúñiga que para llevar adelante el proyecto de esa fundación, es necesario que encuentre primero un Ordinario local que acoja este proyecto y que dé comienzo al experimento previo que se refiere mediante la erección de una Pía Unión. Pasado un cierto tiempo, cuando la Pía Unión habrá demostrado su estabilidad y vitalidad y cuente con, al menos, treinta miembros que hayan emitido sus Votos Perpetuos o Temporales, el Excelentísimo Ordinario del lugar podrá presentar a este Dicasterio la petición formal con la relativa documentación con el fin de obtener el Nihil Obstat para la erección deseada. Las medidas indicadas más arriba no quieren ser, en absoluto, un obstáculo a la realización del proyecto de la Señorita Zúñiga; son únicamente la segura garantía de que tal proyecto, si ha de comenzar a ser ahora una realidad, pueda crecer y desarrollarse convenientemente.”

**+ Pablo Philippe
Secretario**

Me es grato con esta ocasión repetirme su afmo., atto. y s. s. in Domino,

**+ José G. Anaya
Obispo de Zamora**

“¡Aleluya!” Escuché a coro casi a todas mis buenas hermanas que me rodeaban mientras yo leía como autómatas... sin acabar de darme cuenta que aquello que estaba leyendo era precisamente la ¡APROBACIÓN, explícita de la Obra! Estaba firmada el día 24 de aquel mes de octubre, día de mi abogado San Rafael Arcángel, al cual me había yo encomendado en todo mi viaje hacia la Ciudad Santa.

¡Aleluya! ¡sí! resonó en mi corazón al comprobar que aquello era el comienzo de la resurrección de la Obra. ¡Era el haber quitado la piedra del sepulcro...!

Desde aquel momento de leer la permisión de las Autoridades de la Sagrada Congregación para que la Obra del DESAGRAVIO, volviese a surgir dentro de la IGLESIA, me invadió la dicha más completa.

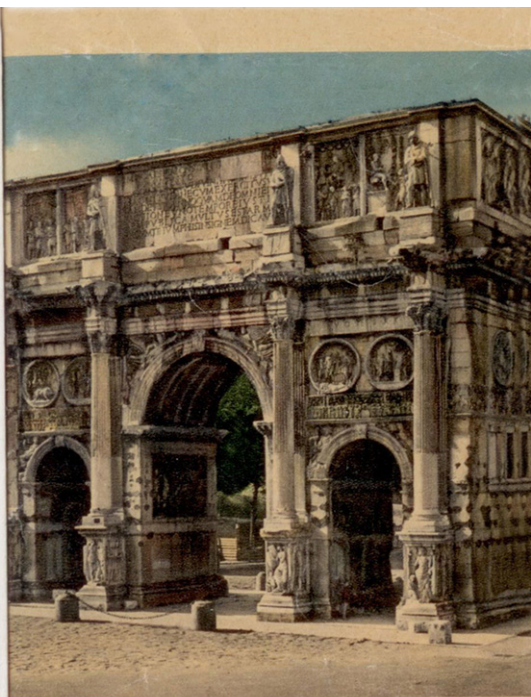
Aquella noche no cerré los ojos; ¡no era posible dormir, cuando había tanto en qué pensar: planear las actividades próximas, pues tenía concertado con el Sr. Obispo de Puno (Perú) o con el Arzobispo de Arequipa, irnos a aquel país a hacer la segunda fundación.

Desde luego envié a México la noticia a mis amadas y fieles hermanas y a todas las buenas personas que habían cooperado para este viaje mío a Roma.

Roma 1963



Alelulla!!



ROMA - Arco di Costantino

A partir de esa fecha pensé en que tenía primero que regresar a México para arreglar el cambio de todas hasta el Perú. Toda la amargura que durante once años había sufrido en el destierro, en aquellos días me fue compensada por un gozo espiritual que me henchía el alma.

En estos precisos días el Sr. Obispo Anaya presentó a Nuestra Madre a Su Excelencia Monseñor Fidel de Santa María Cortés Pérez, actual obispo de la diócesis de Chilapa, Guerrero. Al platicarle Nuestra Madre de la Aprobación para seguir con la Obra, Monseñor le abrió sus puertas para que la Segunda Fundación se hiciera en su diócesis. Fue, entonces, cuando Nuestra Madre renunció el plan de ir al Perú, y aceptó el ofrecimiento de Monseñor Cortés.

En cuanto recibí el oficio de la Sagrada Congregación de Roma, dando paso a la Obra nuevamente, mi primer pensamiento fue vestir nuestro Santo Hábito.

Fui al Vaticano a ver a Mons. Jácomo de Nicoló y le comuniqué mi dicha; le dije que por el amor de Dios me procurara una audiencia con el Santo Padre, aunque fuese de un minuto, pero que yo iba a darme prisa para habilitarme de un Santo Hábito, a fin de mostrárselo al Papa, ya no en foto, sino en mi persona misma y que él se dignara bendecírmelo. Monseñor me dijo con mucho gracejo: “¡Válganos Dios!, cuando la vea vestida de religiosa ya no la voy a conocer!” Cuando él me dijo esas palabras, la monjita que me acompañaba le respondió por mí: “Su Señoría, ¿no se imagina lo que esta monjita anhela volver a su claustro, y la orfandad que vive afuera en el mundo!”

Monseñor, al verme tan entusiasmada me prometió gestionar tal audiencia para mí, que si no sería privada, sí sería propicia a que el Santo Padre me bendijera el Santo Hábito que yo llevaría vestido.

Al volver a mi ánimo nuevamente el anhelo de tomar la Obra de Dios a mis expensas, aún estando tan escarmentada de que el camino era difícil, y de que ahora iría a serlo más aún, porque precisamente en el Concilio Vaticano II se estaba definiendo la proposición de algunos Prelados, de la “adaptación de la religiosa al mundo moderno,” con todo, entonces sentí en mí un espíritu de fuego para enfrentarme con esas dificultades y vencerlas a fuerza de fidelidad al espíritu religioso precisamente.

Lo difícil estaba en que yo pudiera conseguir en Roma, donde todo es de elevado precio, y más para mí que hice ese viaje del milagro de la providencia, que pudiera conseguir las telas, y que me fuese fácil hacerme yo misma, cortar y coser el hábito. Las gestiones que hice fue escribir una carta a cierta señora amiga del Distrito Federal y de recibir inmediatamente la respuesta de que comprara las telas y que ella me giraría el importe.

Ese Santo Hábito fue bendecido por su Santidad Paulo VI, nada menos que en la Capilla Sixtina del Vaticano, en Audiencia concedida el 12 de diciembre de aquel año, a peregrinos de habla española. Todo el tiempo de la audiencia yo estuve a menos de metro y medio del Santo Padre, de manera que cuando él avisó que



iba a bendecir los objetos que pusiéramos delante, yo alargué mi escapulario y él visiblemente clavó en mí su mirada e hizo la señal de la Cruz, pronunciando las solemnes palabras de la Bendición Pontificia.

Después de la audiencia fui en busca del Padre Monzó, a quien debía muy de veras, el darle las gracias por sus bondades, y a la vez despedirme, pues pocos días me quedaban para regresar a mi país. Lo encontré en los pasillos al salir del ascensor y estaba de espaldas cuando lo saludé. Al voltear y verme en hábito, se asombró mucho:

“¡Hola, Madre Zúñiga!, pero, si está usted radiante de dicha. . . ¡Bendito sea Dios! De veras, Madre Zúñiga, esto ha sido un exitazo suyo.”

“¡No!” le rectifiqué, “esto ha sido una grande gracia de Dios.”

Pasamos al vestíbulo inmediato, el mismo donde habíamos hablado largamente la primera vez. “Padre,” le dije, “nunca olvidaré la bondad de Ud. en el asunto que me ha traído Nuestro Señor a Roma. Bien esperaba yo que asunto como el mío, y estando ocupados todos Uds. en el Concilio, quizá hubiera tenido que esperar yo aquí años enteros.”

“Ciertamente, Madre Zúñiga,” me respondió el Padre, “su asunto era de los que se hubieran alargado, y quizá nunca hubiera usted alcanzado lo que en tan pocos días logró. Sin embargo, no me lo agradezca a mí. Aunque yo hubiese puesto todos mis ardides en juego para favorecerla, quizá no hubiesen valido. Ahora se lo voy a hacer saber a Ud. en lo particular, para que sepa agradecérselo a quien lo merece.” El Padre Monzó hizo una pausa bastante larga, mientras miraba un tanto vagamente hacia fuera de una ventana, desde donde se dominaba perfectamente el Vaticano y sobre todo, las habitaciones de Su Santidad. Yo estaba expectante, cuando él concluyó: “El Papa, Madre Zúñiga, fue el Papa quien lo hizo todo por Ud., a favor de Ud. Como le dio a él documentos duplicados de todo cuanto trajo a esta Sagrada Congregación, fue natural que se enterara de todo, y fue Dios quien quiso que así fuera. Su Santidad Paulo VI me mandó llamar a mí. . .¿comprende?, a mí precisamente por ser el que en este Dicasterio hablo su idioma, y porque él preguntó quién la había atendido a Ud. al presentarse a esta oficinas. Fui yo quien personalmente recibí de él este encargo: “Una mexicana que ha venido con este asunto, con una Obra religiosa importante para este tiempo. ¡Dadle toda facilidad de continuar!”

Cuando escuché aquel relato del Padre, tan sencillo, el corazón se me quería saltar del pecho. ¿De veras, Padre? ¿No es un sueño?”

“Claro que no es un sueño, sino una realidad. Así que, Madre Zúñiga, le deseo éxito. Yo no la olvidaré en mis oraciones. Dígame Madre, ¿con qué obispo logró Ud. arreglos para su reingreso diocesano?”

“Con el obispo de Chilapa, Guerrero, Fidel de Santa María Cortés Pérez. ¿Le conoce?”

“No le conozco, pero ¿cómo le ha conocido Ud.?”

“Me presentó con él el Excmo. Señor Anaya de Zamora.”

“¿Ud. ha hecho arreglos con este prelado por espontánea voluntad o presionada?”



Mons. Fidel de Santa María Cortés Pérez



“Oh no, de ninguna manera. He elegido a este Prelado porque he hallado en él todo un pastor y un padre.”

“¿Acaso, ya sabe Ud. que ahorita se está perfilando entre los obispos dos bandos: unos de ideas renovadoras y otros de ideas conservadoras? Pues mucho me temo que el gozo de Ud. por vestir su hábito le dure muy poco tiempo, pues se está proponiendo al Concilio la renovación y aseglaramiento de las religiosas para que se confundan con las mujeres del mundo moderno. ¿Ud. qué opina de esto?”

“Ah no, Padre: ese aseglaramiento no entrará con las pobres Mínimas. ¿Acaso no recuerda Ud. haber leído en nuestras Constituciones un punto que ya avisa la manera de habernos en caso semejante?”

“Sí, lo recuerdo Madre Zúñiga, pero yo me refiero a que tendrá Ud. que luchar con esa tendencia cuando el Concilio defina y acepte tal proposición.”

“No Padre, ya he arreglado previamente esto con el Excmo. Señor de Chilapa, quien me ha ofrecido dejarnos libremente observar nuestras reglas y llevar nuestros hábitos sin modernismos ningunos, pues ha sido la única condición de mi parte. Él sólo me ha pedido también la condición de que vivamos religiosamente para cumplir los mismos fines de nuestra Obra.”

“¿De veras?”

Sí Padre, de veras. Por eso estoy tranquila al respecto.”

El Padre mostraba cierta preocupación y me dijo abiertamente: “Madre Zúñiga, las Reglas y Constituciones que usted me ha mostrado, sobre las cuales, según usted, Dios le ha inspirado, que a ese tenor vivan todas las que ingresen... esas y no otras deben ser las que usted defienda en todos los tiempos; porque las otras con modificaciones de extrañas

personas, aunque hayan sido de Obispos; esas no son las inspiradas por Dios. ¿Comprende?”

De un solo golpe comprendí la intención con que el Padre me estaba advirtiéndome.

“No cabe duda,” dijo el Padre, “¡Dios está con Ud.!”

Me despedí del Padre Monzó en aquel día 12 de diciembre de 1963.

Nuestra Madre permaneció en Roma hasta mediados de diciembre de este año de 1963, pues en una carta dirigida a una religiosa de México, le dice textualmente:

“Yo creo que estaré en México el día 18, y de inmediato tengo que ir a Chilapa, donde se va a abrir la Casa del Desagravio. Monseñor Fidel Cortés desde luego aceptó la Obra y me espera a fines de este mes allá. Sin embargo, voy a volver a México para después irnos las hermanas y yo definitivamente, yo creo en enero o febrero.”

Capítulo 27

La Resurrección



Todo el mes de diciembre de aquel año de 1963 en Roma, tratamos el Excmo. Sr. Obispo de Chilapa y yo el asunto de ir a su diócesis a hacer esta segunda fundación, y desde allá convenimos en que, para enero del próximo año de 1964 estaríamos en la Ciudad Episcopal, y así fue.

Sin embargo, fue el 25 de diciembre de 1963 cuando por vez primera fuimos a conocer Chilapa. Nuestro viaje fue previamente acordado con el Excmo. Sr. Obispo. El día 26 de enero de 1964 se hizo la fundación y fuimos recibidas en ceremonia inolvidable en la Catedral por el Ilmo. Sr. Canónigo Vicario de Religiosos de la dió-

cesis, D. Andrés Ocampo, por el muy Ilustre Vicario General Monseñor Egidio Martínez y el Venerable Cabildo. Dios nos pidió el sacrificio de que el Excmo. Señor Obispo estuviera hospitalizado en esos días, pero a distancia él se dignó hacernos presente su paternal solicitud y nosotras nuestra gratitud filial.

¡La Obra había resucitado en Roma a los pies del Vicario de Cristo!

Después de doce años de exclaustración, de correr por el mundo en una serie de vicisitudes y dolores, ahora volveríamos a reanudar nuestra vida de Comunidad y nuestra labor de apostolado, yo y mis tres fieles compañeras de la primera fundación: Sor María de la Inmaculada, Sor María Petra y Sor María Dolores.

El Excmo. Sr. Obispo nos proporcionó desde luego una humilde y muy franciscana casita anexa al templo expiatorio de San Francisco con la Santa Adoración diariamente. Fue ahí donde reanudamos la vida nuevamente de desagravio y de apostolado con las jóvenes.

Ahora teníamos el beneficio enorme de haber sufrido el contacto con el mundo, y de habernos acercado a sus problemas humanos; Con relación a mí, de haber tenido un conocimiento profundo de lo que antes, en mi inocencia y juventud, ignoraba casi por completo, apesar de algunos dones que Dios da de balde. Al contacto con las llagas de la humanidad se adivinan mejor las agonías del Redentor.

¡Con qué entusiasmo, aquel día que la Academia recibió a las primeras discípulas en Chilapa, abrí mi corazón para las almas, que Jesús volvía a darme para que cultivase en ellas la devoción, el amor a Él, y la moderación de las costumbres relajadas, ahora muchísimo más que años atrás, cuando en Zamora se hizo la primera fundación!



Catedral de Chilapa, Guerrero

Fue ahí en Chilapa donde nació el día 10 de mayo de 1964 la publicación de la revista “Estrella” con la misión de servir, iluminar las mentes, mover los corazones, llevar a las almas un mensaje de paz y de amor, una invitación a colaborar con el Plan Divino que, sólo busca que todos los hombres se salven. Para ello, ofrece el camino, su doctrina salvadora, su doctrina redentora, que aunque es de cruz, en ella se encuentra la dicha, porque antes se ha clavado Él en esa cruz de salvación.

Fue en este año de 1964 en que el Excmo. Sr. Obispo D. Fidel de Santa María Cortés Pérez extendió a la Congregación el decreto de “Pía Unión”. El documento dice textualmente:

“Teniendo en cuenta el buen comportamiento, los nobles fines que se proponen de desagraviar al Señor por los pecados de los hombres, de fomentar el espíritu de oración y de algunos otros apostolados, por las presentes letras

A P R O B A M O S

LA PÍA UNIÓN DE LAS MÍNIMAS FRANCISCANAS DEL PERPETUO SOCORRO DE MARÍA,

establecida en esta Ciudad.

Chilapa, Guerrero, 1º de septiembre de 1964.

+ Fidel
Obispo de Chilapa

Capítulo 28 *Chilpancingo*

Fue en diciembre de aquel mismo año de 1964 que tuvimos que cambiarnos de Chilapa a Chilpancingo, la Capital del Estado Guerrerense, invitadas por el Sr. Cura del lugar, de la Parroquia de Santa María de la Asunción, Don Humberto Osorio Refino, quien creyó que las Mínimas harían en su parroquia buen trabajo de apostolado.

De hecho, en esta ciudad hubo en el apostolado una correspondencia generosa de parte de las alumnas de la Academia, como Nuestra Madre lo describe en un artículo que salió en “Estrella” de septiembre de 1965:

El día 14 del presente septiembre, a las cinco de la tarde, en la Academia Familiar Gratuita “Alma Patria,” el C. Sr. Gobernador, Dr. Raimundo Abarca Alarcón se dignará hacer al alumnado de dicha Academia, la Jura de la Bandera, como iniciación a las fiestas patrias.

Las alegres jovencitas, que suman 155 alumnas, se preparan para actuar en tan distinguido evento. . .

El 24 de junio de 1967 la Obra cumplió 25 años de haberse iniciado en Zamora y celebró en Chilpancingo sus Bodas de Plata. Por entonces escribí:



*"En el mar proceloso de la vida
Tu Cruz ha sido nuestro fiel sosten
Porque el alma de ella suspendida
Tu voz escucha que nos dice: ¡Ven!*

*Concédenos, Señor,
el mundo todo de las almas.*

*Bodas de Plata
entre Jesús Víctima
y las pobres Mínimas Franciscanas del Perpetuo Socorro de María
Obra del Desagravio*

Junio 24 de 1942 - Zamora, Michoacán

Junio 24 de 1967 - Chilpancingo, Guerrero



La Obra no tiene otro objeto que desagraviar a la Justicia Divina. Los medios, los tiene ella escritos en el libro de sus Santas Constituciones y uno de ellos nos encarga: sufrir. Lo que significa que nosotras andamos a caza de dolor, no de éxitos, porque el dolor es la moneda con que compramos las almas en el canje sobrenatural del banco de Dios. Estamos seguras de Cristo y de sus méritos. Basta que nosotras nos entreguemos

con amor en las manos divinas para que se haga de nosotras lo que sea la voluntad de Dios.

Habían pasado apenas los días solemnes de nuestro Triduo de Desagravio que hicimos en Chilpancingo para celebrar nuestras Bodas de Plata, cuando me presenté en el Cuadrante del Templo de Nuestra Señora de la Asunción para describir al Párroco el proyecto que teníamos de apostolado para el año de 1968 y para lo cual contábamos a la sazón con un pequeño terreno donde se podría improvisar una humilde finca a fin de ampliar nuestra labor con un grupo interno de niñas indígenas.

Sin embargo, fue entonces cuando el Señor Cura tuvo a su vez que comunicarme que la casa donde habíamos estado desde el principio, en la Calle Colón 11, con la Academia y que él nos proporcionó espontáneamente y a la cual acabábamos de hacerle mejoras alrededor de \$15,000, se la estaba pidiendo a él la señora dueña y, por tanto, urgía desocuparla. Esto significaba que para continuar nosotras en Chilpancingo teníamos que pagar una renta de más de mil pesos, y desde luego no era posible, siendo absolutamente pobres.

¿Qué hacer?

Dios marcó inmediatamente el camino a seguir.

Por aquellos días precisamente una de nuestras Hermanas de Comunidad, que había heredado su patrimonio el año de 1965, estaba recibiendo en su lugar natal el producto de la venta de un inmueble de su herencia, con lo cual podría dotarnos de una casa. Cuando yo le manifesté lo que el Señor Cura me había informado acerca de desocupar la casa, resueltamente me respondió: “Yo tengo ya con qué comprar casa para el Desagravio, pero Dios me inspira que esta compra sea en La Villa de Guadalupe en México D.F.”

Consulté a mi vez al Excmo. Señor Obispo y él me respondió que los donativos que se hacen deben dedicarse invariablemente según la voluntad del donante. Por eso fue que fuimos la Madre y yo desde octubre de este año de 1967 a buscar casa para cambiarnos. Sin embargo, Dios y la Virgen Santísima ya nos tenían deparado un regalo con características paradisiacas: me refiero al terreno que adquirimos en la Calle Prolongación Morelos # 249, Colonia Santa Isabel Tola, México D.F.

Se efectuó la compra de dicho terreno en este mismo mes y las Madres comenzaron a hacer sus preparativos para la realización de la tercera fundación del Desagravio en la Villa de Nuestra Señora de Guadalupe en el Distrito Federal.

(Continuará)

*“Yo nunca te abandonaré.
Mi Inmaculado Corazón
será tu refugio y el camino
que te conducirá a Dios.”*

*Palabras de Nuestra Señora
a Sor Lucía*



Le invitamos a conocer nuestra página web

www.minimasfranciscanas.org



¡Sea para gloria de Dios!